

Dicotomías falsas e interesadas

Jose Luis Mascareñas Cid

Si la inversión en I+D+i no está viviendo su mejor momento, la promoción de la investigación considerada *básica*, o sea, aquella guiada por la curiosidad y dirigida al descubrimiento, todavía sale peor parada. Mientras que China acaba de anunciar un incremento notable de su presupuesto dedicado a investigación básica, la gran mayoría de nuestros políticos con responsabilidades en la gestión de la I+D+i parecen tener bastante claro que solo aquella investigación dirigida a poner algo en el mercado a corto plazo, tiene razón de ser. Muchos de los que hemos tenido la suerte de conocer centros de investigación y Universidades de primer nivel, consideramos que esto es un error de visión derivado de un orden de prioridades en donde el cortoplacismo y la rentabilidad electoral están por encima del interés en consolidar un sistema educativo e investigador serio y sostenible. Esta visión ha llevado a que la escasa inversión de muchos gobiernos en investigación se haya centrado en programas dirigidos a ámbitos temáticos específicos, y esté más condicionada por la búsqueda de resultados inmediatos en términos de rendimiento económico que por la calidad científica de las propuestas. La consecuencia, en muchos casos, ha sido el “pan para hoy y hambre para mañana”, en tanto en cuanto una vez finalizado el periodo financiado, no queda garantizada la sostenibilidad del proceso de generación de conocimiento e innovación, pues con frecuencia el rendimiento en términos de formación, productividad e impacto es más bien escaso. En todo caso, el debate no debería centrarse tanto en si hay que financiar la I mayúscula o la i minúscula de la famosa triada I+D+i, sino en hacer una apuesta clara por promover la investigación competitiva y de calidad, independientemente de que tenga una finalidad básica o aplicada. Por ello podemos decir que el debate entre investigación básica y aplicada no tiene sentido, y que lo verdaderamente importante es garantizar que los fondos públicos se utilicen para financiar investigación de calidad, original y en la frontera del conocimiento, aunque la inversión no garantice rendimientos económicos a corto plazo.

De la misma forma que desde los ámbitos políticos se ha fomentado esta división entre investigación básica y aplicada, en el mundo de la ciencia y la investigación, y especialmente en nuestro país, existen otras dicotomías que podríamos considerar artificiales. Una de ellas se produce con frecuencia en nuestras Universidades, y es la que trata de enfrentar o contraponer la docencia y la investigación. Mientras que las mejores Universidades de otros países debaten sobre como optimizar la selección y utilización de sus recursos humanos para garantizar un mejor nivel investigador y la mejor formación para los estudiantes, aquí las discusiones habituales se centran en temas más domésticos

relacionados por ejemplo con la repartición incruenta de horas de clase entre profesores, o de asignaturas entre áreas. Aunque en buena medida el debate entre docencia e investigación se ha introducido de forma artificial, e incluso ligado a determinados intereses, tales como la contratación de nuevo profesorado en base a supuestos “déficits docentes”, también es consecuencia de la visión extendida de que ambas actividades son completamente independientes. Sin embargo, la realidad es que en la Universidad, docencia e investigación están íntimamente relacionadas, y no deben considerarse como objetivos en si mismo, sino como herramientas para alcanzar los verdaderos objetivos de la acción académica: la formación de estudiantes, la generación de conocimiento, y el fomento de la creatividad y la cultura. Las mejores Universidades del mundo se preocupan de que sus mejores investigadores puedan “enseñar” a los estudiantes de grado, y dan por sentado que la actividad investigadora, a través sobre todo de la dirección de proyectos de fin de grado y master, tesis doctorales y postdocs, conlleva una enorme labor docente. Por ello, el debate y la dicotomía docencia-investigación no tiene sentido; ambas tareas están entrelazadas y son intrínsecas a la labor del profesor universitario. Lo que es verdaderamente importante es garantizar una buena formación de los alumnos y promover avances en la frontera del conocimiento.

Por último, y ya brevemente, hay otra controversia tradicional y que también tiene un componente artificial e interesado, que es el debate entre ciencias (experimentales, de la salud...) y letras (humanidades, ciencias sociales...). Como es obvio, la creación, el descubrimiento y la generación de nuevo conocimiento no es exclusivo de las ciencias, y aunque los indicadores de impacto y calidad que se emplean en las áreas experimentales no tienen porque ser los mismos que los utilizados en humanidades o en ciencias sociales, está claro que en todos los campos se puede realizar investigación de primer nivel. Por ello, introducir una confrontación entre estos ámbitos del saber tampoco tiene ningún sentido.

Si todos estamos de acuerdo en que lo importante es garantizar un funcionamiento eficiente de nuestro sistema de ciencia y tecnología, y avanzar hacia Universidades más competitivas, conviene reflexionar sobre la existencia y fomento de este tipo de debates y confrontaciones artificiales.

J. L. MASCAREÑAS CID
jose Luis.mascarenas@usc.es
CIQUS Universidade de Santiago
15782, Santiago de Compostela